

LAS RAZONES IDEOLÓGICAS EN EL PRESENTE DE CHILE

Pedro Vuskovic

I. UNIDAD Y HETEROGENEIDAD DE LA OPOSICIÓN

Los términos actuales de la lucha popular en Chile sugieren constantemente dos interrogantes: primero, cómo se explica la continuidad de una dictadura contra la cual se pronuncia y actúa la gran mayoría del pueblo chileno, tratándose además de un régimen que concita reprobación y aislamiento internacionales y cuyas políticas han conducido a una crisis económica y social de extrema profundidad; y segundo, qué dificultades tan grandes impiden la unificación de las fuerzas opositoras, en su conjunto y al interior de cada organización política individualmente considerada.

Los principales conceptos que se recogen en este trabajo fueron expuestos, en su sentido general y de proyección latinoamericana, en la ponencia preparada por el autor para el Seminario "El Estado, la Sociedad Civil y la Crisis en América Latina y el Caribe", auspiciado por la Universidad de las Naciones Unidas y la Universidad Nacional Autónoma de México, México, enero de 1986. Este texto, destinado más bien al ámbito político chileno, incorpora muchas más citas y referencias personales, como confirmación objetiva de las interpretaciones que motivaron aquellas reflexiones más globales.

Muy probablemente, la respuesta a tales interrogantes tendrá que reconocer, al menos como una de las razones significativas, las consecuencias que derivan para la acción opositora de grandes diferenciaciones de intereses objetivos y su expresión en el plano ideológico, las que se manifiestan directamente tanto en las formas de la lucha inmediata por el derrocamiento de la dictadura, como en el significado de los proyectos de futuro llamados a animar esa lucha y definir los compromisos del porvenir. Así, en unas circunstancias en que la movilización popular desafía sin descanso el poder dictatorial, pero sin lograr todavía la intensidad y las modalidades capaces de acabar con la dictadura, la "cuestión ideológica" aparece cobrando importancia decisiva. La democracia y el socialismo, el Estado y la "sociedad civil", el terrorismo del gobierno y las respuestas consiguientes de defensa del pueblo, la legitimidad de variadas alianzas tácticas y estratégicas, surgen entre otros como temas que reclaman definiciones; la significación del pasado y el peso de las situaciones inmediatas del presente reciben asimismo ponderaciones distintas, que a su vez influyen en el signo de aquellas definiciones, más aún tratándose de una sociedad que ha cambiado en sus estructuras objetivas tanto como en sus disposiciones subjetivas.

Procurar un esclarecimiento abierto y franco de esas diferenciaciones no tiene por qué perjudicar la intensidad y la eficacia de la lucha antidictatorial; por el contrario, parece estar representando una necesidad urgente para extenderlas: tratar de eludir ese esclarecimiento puede resultar tan perjudicial como inútil.

De hecho, en el curso de su historia, un alto grado de "politización" y de valoración de los marcos ideológicos ha sido rasgo muy importante en la evolución de la sociedad chilena. Fue así como la democracia liberal alcanzó en Chile excepcional amplitud; el proyecto transformador de la Unidad Popular avanzaba en medio de un debate nacional generalizado; y la dictadura no ha podido acallar esa conciencia política aunque ha impuesto para ello el más oprobioso sistema represivo. Aún más, la sociedad chilena pareciera exhibir como sino histórico peculiar haber sido protagonista de una variedad de proyectos sociales, de propósito y contenido muy diversos, que encontraron en Chile expresiones singularmente elocuentes. Sólo en su historia reciente, habría que registrar el intento populista que enarbó Ibañez en su triunfo electoral de 1952;

la propuesta empresarial, conservadora y extranjerizante, que representó la presidencia de Alessandri en el período 1958-1964; la más plena y consecuente experiencia reformista, bajo la presidencia de Frei en el sexenio 1964-1970; el programa de transformación revolucionaria que encarnó Allende, durante los mil días del Gobierno Popular; y los designios regresivos de la dictadura militar que impera desde 1973. Un privilegio nacional tan enaltecedor en un caso como de pesadumbre en otro, que inscribe en la memoria del pueblo chileno las enseñanzas de una trayectoria excepcionalmente enriquecedora para su desarrollo político, y que se proyecta ahora a las incertidumbres de su futuro próximo.

En las condiciones del presente, transcurrido tanto tiempo de una dictadura como la que se ha conocido, no cabría seguir atribuyendo a simple empecinamiento e inflexibilidad de determinadas direcciones políticas que no se logre articular la unidad de un solo gran bloque opositor, manteniéndose la diferenciación y controversia entre la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular; ni que fueran sólo las ambiciones y los oportunismos personales, o las influencias ajenas, los que mantienen la atomización del Partido Socialista, cuya reconstrucción unitaria es sin embargo un requisito esencial para el avance de la lucha popular. Por el contrario, habrá que entender esas manifestaciones, tan ostensibles, como producto de los extremos de polarización a que ha llegado la sociedad chilena bajo las políticas de la dictadura; de la diferenciación de demandas, expectativas e incluso temores que abrigan distintos estratos sociales; de la mayor o menor urgencia que siente cada uno de ellos respecto del fin de la dictadura; o de la distinta valoración que hacen de las experiencias del pasado en su proyección a las propuestas del futuro.

Es preciso reconocer que en el amplio espectro de la oposición a la dictadura se generan propuestas de naturaleza muy diferente, formulaciones ideológicas y concepciones básicas que a su vez sustentan conductas políticas igualmente diferenciadas. Con la constatación adicional de que existe hoy día una marcada asincronía en el desarrollo del pensamiento político: en efecto, ha tomado delantera -particularmente en los último cinco o seis años- la elaboración actualizada de un pensamiento de profundo sentido conservador, a lo más reformista, al que concurren con matices distintos

pero coincidiendo en lo esencial, numerosos exponentes de la Democracia Cristiana, de una corriente socialista que disputa la representación del PS, y de organizadores de origen cristiano identificados con la Izquierda. Por cierto, desde esas mismas organizaciones surgen también planteamientos que no comparten la misma orientación, expresiones discrepantes también muy características, aunque con mucha menos presencia y menor grado de elaboración. Si aquí se destaca más bien a las primeras, es porque se cree advertir cómo en ellas, en un marco de ideas internamente coherentes, encuentran su lugar varias formulaciones que en momentos anteriores aparecieron dispersas y sin sustentación, conformando ahora una visión ideológica global que sin duda está ejerciendo gran influencia en amplias capas de la sociedad chilena; y lo hacen con referencia tanto a la fase actual de lucha contra la dictadura, como a las concepciones políticas y económicas que habrían de primar a partir del derrocamiento de ésta.

II. EL SIGNIFICADO DEL ACUERDO NACIONAL

El Acuerdo Nacional, suscrito (en el mes de agosto de 1985) por 21 representantes de diversas corrientes políticas, constituyó una expresión sugerente de las fronteras bien difusas de ese marco ideológico. Un entendimiento particular de la democracia, una preocupación constante por sostener la denuncia de los males del "socialismo real" (con más empeño que la denuncia del imperialismo), un entendimiento "renovado" de las relaciones entre la sociedad y el Estado, en el caso de los socialistas una negación explícita de las concepciones "leninistas", forman parte de ese marco teórico que se constituye en respaldo a una convocatoria para enfrentar a la dictadura sin violencia, y a la propuesta de un compromiso que asegure para el futuro, entre otras, las siguientes condiciones básicas: la "governabilidad" del país; el "retorno de las Fuerzas Armadas a sus indispensables funciones permanentes, respetando plenamente sus valores, dignidad y requerimientos institucionales"; la garantía constitucional del "derecho a la propiedad privada de los bienes corporales e incorporeales, incluidos los medios de producción"; el reconocimiento de que "el mercado, la concertación y la acción del estado constituyen, entre otros, mecanismos para la asignación eficiente de los recursos"; y la promesa de que las organizaciones labo-

rales "conjuntamente con sus similares de empleadores, actuarán como cuerpos intermedios en la proposición de políticas de interés mutuo".(1)

Ante tales formulaciones, hay razones suficientemente fundadas para poner en duda si tales contenidos programáticos abren o no perspectiva de real superación de la crisis chilena, tanto en su significación económica como en la social y política. Por ello, estas notas no tienen la intención de discutir el "acuerdo" como tal, su significado y viabilidad política, su posible eficacia o su probable duración, ya bien dudosa. Lo que importa es identificar qué hay de duradero en una expresión que por sí misma tal vez termine por ser apenas circunstancial. Lo que interesa es analizar qué marco político de referencia pudo autorizar que suscribieran tal acuerdo personeros de la Izquierda, y entre ellos en particular, algunos que reclaman la representación de los socialistas chilenos; reflexionar sobre la capacidad potencial que podría tener una propuesta de esa índole para movilizar tras ella al conjunto de los sectores populares, teniendo en cuenta los términos actuales en que se definen las estructuras sociales y los intereses objetivos de sus componentes; examinar hasta dónde recoge tanto lo que pueden ser las expectativas y demandas inmediatas, definidas por ahora bajo el agobio de la dictadura, como las enseñanzas de una historia que no podría darse por olvidada.

Todo lo cual envuelve, es cierto, una predisposición crítica. Es más: la convicción de que el "discurso político" que deriva de ese marco ideológico no está favoreciendo la lucha global del pueblo chileno; que bosqueja un proyecto que margina desde su inicio a una proporción considerable de la población chilena: los más empobrecidos, los obreros que perdieron sus empleos, los campesinos que fueron despojados de sus tierras, los "pobladores" que sufren la miseria y la represión constante, los jóvenes a los que se les escamotea el conocimiento del pasado que no conocieron; que se construye al margen de la historia, como si pudiera borrarse al mismo tiempo lo que fueron realizaciones extraordinariamente trascendentes del gobierno de Allende y los crímenes cometidos por la dictadura; y que en definitiva, tampoco será eficaz para su propósito primario de acabar con la dictadura, al menos en un horizonte de tiempo que guarde correspondencia con los retrocesos que ella ocasiona a Chile y los sacrificios que impone al pueblo

chileno.

Pero aún así, reconocida esa predisposición crítica, no están animadas estas notas por propósitos de controversia sustancial; lo que buscan es profundizar en la comprensión de esta expresión nueva y enriquecida del pensamiento reformista, cómo se gesta, qué perspectiva ofrece frente a la dimensión de los problemas acumulados, qué significa en el proceso histórico de la evolución de la sociedad chilena. Hecho además con reconocimiento por lo que vienen significando sus elaboraciones como empeño intelectual; y muy lejos de la pretensión de sugerir a otras formulaciones discrepantes con las cuales confrontarlo, pero sí de levantar interrogantes que se consideran legítimos. Todo lo cual, quíerose o no, también involucra una disposición autocrítica, puesto que lleva a poner de manifiesto las insuficiencias en el desarrollo de un pensamiento alternativo: el que desde otro ángulo de visión de las cosas se lo entendería capaz de expresar los intereses de los sectores del pueblo chileno que aquel otro pensamiento parece marginar; de retomar la historia desde donde quedó con Allende y no sólo desde donde acabará Pinochet; de buscar otras líneas de actualización de un pensamiento revolucionario acumulado por el pueblo chileno en tantas décadas de lucha. Insuficiencias de esa elaboración alternativa que contrastan con los avances de aquel otro pensamiento; y que es imperioso superar, porque cualquier acuerdo nacional verdadero podrá surgir de la confrontación de dos proyectos igualmente legítimos en sus respectivas bases de sustentación social, pero no del engaño de suponer que uno quedó resuelto en el otro.

III. LOS AVANCES RECIENTES DE LA IDEOLOGIA REFORMISTA

Entretanto, es preciso aceptar el hecho de que los planteamientos específicos que aparecen predominando en las propuestas actuales de la oposición que se autodefine como "democrática", invocan el respaldo de un cuerpo articulado de consideraciones políticas.

En efecto, numerosos y variados documentos recientes dan cuenta de cómo se ha conformado toda una corriente de pensamiento respecto de la sociedad chilena, que busca interpretar sus esperanzas del presente y sus probables demandas del futuro desde ángulos que involucran un sello ideológico particular. Sus análisis y propuestas vienen quedando recogidos

en una diversidad de libros, revistas y documentos mimeografiados, que en su conjunto constituyen la mayor parte de los materiales que son accesibles en el interior del país bajo formas relativamente abiertas; en cambio, otras expresiones del pensamiento opositor a la dictadura circunscriben su ámbito a publicaciones clandestinas o de circulación sólo en el extranjero. Con razón, Luis Maira pudo escribir "Quienes viajan a Chile vuelven impresionados de que todo el análisis científico social de la izquierda está dominado por los centros en que trabajan intelectuales identificados con la Convergencia Socialista".(2)

Cabría citar, como parte de aquella corriente de publicaciones, los estudios difundidos por la Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina (CIEPLAN), incluido en el libro "Reconstrucción económica para la democracia" (Editorial Aconcagua, Santiago de Chile, 1983), con contribuciones de Alejandro Foxley, René Cortázar, Patricio Meller, Andrés Solimano, José Pablo Arellano, Ricardo French-Davis y Oscar Muñoz; documentos preparados en la Academia de Humanismo Cristiano, en particular en su programa de Economía del Trabajo, con contribuciones entre otros, de Javier Martínez, Eugenio Tironi y Humberto Vega; el libro "Modelo económico chileno-Trayectoria de una crítica" (Editorial Aconcagua, Santiago de Chile, 1982), con artículos de José Pablo Arellano, René Cortázar, Ramón Downey, Nicolás Flaño, Alejandro Foxley, Ricardo French-Davis, Jorge Marshall, Patricio Meller, Oscar Muñoz y Ernesto Tironi; la compilación hecha por Sergio Bitar y publicada bajo el título "Chile: liberalismo económico y dictadura política" (Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1980), con trabajos, además del propio Bitar, de Juan Guillermo Espinosa, Tomás Moulian, Pilar Vergara y Carlos Vignolo; el libro "Crisis y desarrollo alternativo en Latinoamérica", de Heraldo Muñoz como editor (Editorial Aconcagua, Santiago de Chile, 1985), en el que participan, además del mismo Heraldo Muñoz, Enzo Faletto, Arturo Valenzuela, Carlos Ominami, Jaime Estévez, Edgardo Boeninger, Oscar Muñoz, Sergio Bitar y Ricardo Lagos; las ponencias presentadas al "Taller-Encuentro Chile-Latinoamérica" efectuado en octubre de 1985 en Buenos Aires por, entre otros, Carlos Matus, Carlos Vignolo, Ernesto Edwards, Carlos Ominami, Sergio Bitar y Humberto Vega; y una diversidad de notas, artículos y entrevistas en publicaciones periódicas.

En muchos de los principales voceros de esta corrien-

te se advierten unos rasgos comunes, que a su vez influyen en las orientaciones centrales de esos planteamientos: se adscriben a distintas "orgánicas" políticas, desde la Democracia Cristiana hasta expresiones del Partido Socialista; forman parte de una suerte de "generación intermedia", entre quienes tuvieron posiciones de responsabilidad en experiencias políticas anteriores a la dictadura y las generaciones más jóvenes que ahora gravitan crecientemente en los movimientos juveniles de todo orden; exhiben una formación académica amplia como economistas o en otras áreas de las ciencias sociales, incluso con niveles de posgrado en el extranjero; han vivido o tenido contacto frecuente con el exterior, principalmente en países europeos, aunque la mayor parte de sus elaboraciones de carácter predominantemente político han sido hechas en el interior de Chile; han contado con respaldo y apoyos (incluso financieros) de fundaciones y otras fuentes externas; y han podido circular sus escritos con relativa facilidad dentro y fuera de Chile.

Por cierto, hay más de una lectura que hacer de este conjunto de materiales. Primero, porque en ellos queda contenido un volumen considerable de datos, antecedentes y consideraciones críticas sobre la evolución reciente de la sociedad y la economía chilenas, que configuran una parte importante de la denuncia sobre el carácter de la dictadura militar y las consecuencias de sus políticas; aspecto en el que se dan, sin duda, numerosas coincidencias con los análisis que se vienen sustentando desde otras perspectivas ideológicas y políticas. En segundo lugar, están las interpretaciones que se ofrecen, los "diagnósticos" que se elaboran a partir de aquellos datos, en los que se hacen ya manifiestos un sesgo y una intencionalidad política determinada, más aún cuando se los proyecta a las propuestas de futuro; sin perjuicio de que, se la comparta o no, es preciso reconocer en ello una elaboración intelectual significativa, que sugiere ámbitos nuevos de reflexión y abre la controversia sobre cuestiones muy de fondo, comprendiendo temas que trascienden el ámbito chileno hacia una dimensión latinoamericana (y en algún sentido universal) como puntos agudos de la preocupación social contemporánea.⁽³⁾ Y en tercer lugar, está la expresión de aquel reconocimiento de hechos y esa elaboración conceptual en el plano de la política contingente, reflejada ya sea en la participación directa de los mismos autores o a través de

su influencia en otros dirigentes políticos que asumen -a veces bajo formas muy crudas- lo que entienden como consecuencias inmediatas de ese marco ideológico.

IV. LOS ACTORES POLITICOS Y LOS TIEMPOS

Este último ámbito de consideraciones es hoy día crucial, puesto que contribuye a explicar las enormes dificultades actuales del cuadro político chileno y los obstáculos sustantivos para que se resuelvan exitosamente los propósitos unificadores, tanto de la oposición en su conjunto como de cada organización partidaria. Se trata, en lo esencial, de las conductas políticas de quienes actúan hoy abiertamente en el escenario político chileno, especialmente aquellos que desde el interior de la llamada oposición democrática, lo hacen en nombre de expresiones "de izquierda" o específicamente "socialistas".

Un rasgo distintivo y en cierto sentido paradójico de esas conductas, consiste en que, si bien están respaldadas por toda la elaboración política e ideológica que se viene comentando, con frecuencia termina autojustificándose bajo el argumento de que se vive una fase en que es preciso ser "pragmáticos; y que se alude con ello no sólo a necesidades de flexibilidad táctica, sino a la disposición a asumir compromisos duraderos con cualquiera y a cualquier precio. El "diálogo" asume así, con frecuencia, la forma de la complicidad; y la amplitud de las relaciones, un tono de familiaridad que no podría menos de desconcertar a las masas trabajadoras que siguen, desde otro escenario, las actividades de estos actores políticos que hablan de su representación.

Algunas expresiones públicas de Carlos Briones, como personero de una corriente socialista, resultan ser singularmente elocuentes en este sentido. Hacia fines de 1984, cuando se gestaba el "acuerdo nacional", participa con otros dirigentes opositores en una entrevista colectiva con el diario "El Mercurio", oportunidad en la que expresa, entre otros, los siguientes conceptos:

"... para mí es muy difícil poder conciliar la democracia con el Señor Pinochet. Pero, en fin, siempre estamos dispuestos a pasar por sobre algunas cosas... Bueno, Pancho (se dirige a Francisco Bulnes, Consejero de Estado del régimen de Pinochet) yo estoy hablando como tú de un Congreso Constituyente..."

...yo me sigo preguntando cómo nosotros, la oposición democrática podríamos confiar un poco en el Gobierno... Creo que podríamos empezar a conversar sobre estas bases. Pero tendría que haber un primer gesto de parte de los que deben darlo: el poder y las Fuerzas Armadas...

...yo estoy de acuerdo con esa proposición de Pancho Bulnes que se inserta en lo que nosotros llamamos Pacto Constitucional...

... con quién conversar este problema? Yo siempre lo he dicho: con las Fuerzas Armadas y, naturalmente, como ha dicho el General Matthei (miembro de la Junta de Gobierno), con los legítimos personeros de ellas que son sus Comandantes en Jefe...

...Yo estoy absolutamente de acuerdo contigo, Pancho. Estoy de acuerdo en que lo que has propuesto se inserta en el gran Pacto Constitucional de las Fuerzas Armadas democráticas. Para que tantos digamos bien claro: queremos esto..."(4)

Posteriormente, ratifica expresiones similares e incluso va más lejos.(5) No pierde oportunidad para estampar su rechazo al "socialismo real" y sugerir su propio entendimiento del socialismo:

"... lo que se llama socialismo real; pero existe el socialismo occidental: el que existe en Francia, en Alemania, Italia, España..."

Clama por un entendimiento incondicional con las Fuerzas Armadas, en las que llega a reconocer "una reserva moral de Chile"

"no estamos dispuestos a dialogar con Pinochet o con quien lo represente, pero sí estamos dispuestos a dialogar con las Fuerzas Armadas que sirven de sustentación al régimen... las Fuerzas Armadas son una reserva moral de Chile... Se necesita el respaldo de las Fuerzas Armadas. Evidente! Y no hay solución sin las Fuerzas Armadas..."

Y ya amenaza, desde ahora, con nuevas formas de represión en el futuro, después del triunfo de su propuesta, cuando advierte:

"Todos los que estén contra los principios democráticos que el propio Acuerdo establece, ...tienen que declararse ilegales el día de mañana..."

Es natural que una disposición como ésta reciba el beneplácito de otras corrientes políticas incluso opuestas al socialismo chileno. Así no hay obstáculo para que un representante suyo, Ricardo Lagos, viaje a Washington en plena administración de Reagan para reunirse (el 12 de septiembre de 1985) con Elliot Abrams, Secretario Adjunto de Estado para Asuntos

Interamericanos, junto a Andrés Allamand (de la derechista Unión Nacional), Genaro Arriagada (del Partido Demócrata cristiano), Sergio Bitar (de la Izquierda Cristiana), Mario Papi (del Partido Socialdemócrata) y Germán Riesco (del también derechista Partido Nacional).(6) O para que sea convocado a un compromiso de largo plazo con la derecha chilena, como lo hace Patricio Phillips (miembro de la Comisión Política del Partido Nacional, parlamentario durante varios períodos y firmante del "Acuerdo Nacional") en el pintoresco lenguaje que suele permitirse la aristocracia chilena:

"...hay que entender algunas cosas previas a todo lo que está ocurriendo y para ver cómo podemos arreglar este país... lo odioso es haber tenido y no tener... nadie se va a movilizar si no sabe para qué... no se trata de que nos vamos a casar para acostarnos y ya. No. De aquí van a nacer guaguaitas. Es decir, saber cómo será el gobierno..."

O para que un representante destacado de la Democracia Cristiana, como es el caso de Foxley, precise el ámbito de las concesiones ideológicas que entiende otorgadas como precio de la alianza con ellos:

"... una evolución de la izquierda política o grupos importantes de ella en la dirección de la superación de la lógica de la revolución, del "partido-vanguardia de clase", de la "dictadura del proletariado" y del Estado-omnipresente-transformador, constituiría un significativo avance en las posibilidades de transición exitosa hacia la democracia al reducir el rango de alternativas políticas 'amenazantes'..."(7)

El aparente pragmatismo asume también otras expresiones, como la distinción que propone Bitar entre "hacer socialismo" y "hacer política socialista", es decir, "que los socialistas hagan política":

"...Con pura utopía y pura ideología no se hace política... Debemos diferenciar entre hacer socialismo y hacer política socialista... Lo importante es hacer 'política socialista' y que los socialistas 'hagan política'..."(8)

Habría que decir que, por ese camino, "hacer política" puede significar muchas cosas, en verdad no todas ellas permitidas si se las hace en nombre de un movimiento socialista. Entretanto es un hecho que esta corriente del pensamiento opositor se va sintiendo cada vez más obligada a formular

propuestas que tengan una condición, según lo expresan, de "governabilidad", concepto que aparece reiterado una y otra vez en sus escritos. Así por ejemplo, el mismo Bitar escribe:

"Hay que prepararse para gobernar o para actuar eficazmente desde la oposición, efectuando propuestas que den gobernabilidad... una propuesta socialista debe proponer un cambio posible y dar gobernabilidad (actitud realista)...debemos alejarnos de una 'radicalización impotente' y un realismo 'anémico'... Esto puede implicar una secuencia que consista en dar gobernabilidad en las primeras etapas y crear alternativas para las etapas siguientes..."(9)

El mismo derrocamiento de la dictadura va perdiendo así, en esta perspectiva política, la condición de un momento crucial que clausura una fase histórica para dar paso a otra complementada distinta; más bien, se concibe un tránsito que no reconoce necesariamente desenlaces tajantes, y los propios tiempos de la dictadura y de la lucha parecieran perder mucha de su importancia. Es bien sabido, en efecto, que entre muchos dirigentes opositores se ha extendido una suerte de aceptación implícita de que la continuidad de Pinochet hasta 1989 es un hecho casi inevitable, a partir de lo cual se encararan los plazos del futuro con una ligereza que contrasta con todo lo que significa para el pueblo chileno la permanencia de la dictadura.

Unas expresiones recientes de Luis Maira son características de esa actitud:

"...pensamos que hay que ir acortando márgenes...Nos parece importante que si las Fuerzas Armadas se convenceran ellas de que Pinochet no puede reelegirse en 1989 por las condiciones de la crisis moral, económica, social, en fin...Pero ya conseguir ese límite para Pinochet nos parecería importante. No estamos dispuestos a esperar al 90, pero tener la garantía de que Pinochet no seguirá nos parece una seguridad que a nadie puede dejar indiferente... el hecho de que Pinochet ya no pueda pensar en el '97 lo debilita..."(10)

Por su parte, Briones es aún más categórico, según estos términos de su diálogo con la periodista Raquel Correa:

"Pregunta: Usted cree que un regreso abrupto a la democracia sería positivo para su estabilidad?"

Respuesta: No.

Pregunta: Piensa que hay que darse un tiempo?"

Respuesta: Exacto. Hay que ir creando las condiciones necesarias..."(11)

Ante percepciones como éstas de voceros autorizados de la oposición democrática, la dictadura programa sus acciones aparentemente sin presiones de urgencia. Más bien, prepara el terreno (y las disposiciones subjetivas) para asegurar su continuidad ilimitada; incluso aduciendo razones de "conveniencia nacional", como lo hacen los intereses que se expresan a través de "El Mercurio" en mensajes como el siguiente:

"...el Gobierno aspira a proyectar sus realizaciones más allá de 1989... La permanencia y claridad de las reglas del juego son fundamentales para cualquier proceso de desarrollo con estabilidad, por lo que, en la medida en que el futuro político se ve despejado, se producen efectos favorables en el ámbito económico... La proximidad de 1989 es cada vez mayor, acortándose el horizonte de los agentes productivos, con el efecto negativo consiguiente y, por ello, cualquier aclaración respecto a lo que ocurrirá con posterioridad a dicho año tiende a tener enorme interés para las decisiones económicas, de consumo, inversión, producción u otras que influyan en el ritmo de desarrollo de las economías..."

El General Matthei, en sus recientes declaraciones es muy claro al afirmar que 'no puede ser que cada seis o cada ocho años... se esté poniendo en juego toda la existencia económica y política del país ante sobresaltos de verdaderos quiebres institucionales..."(12)

V. LOS ENTENDIMIENTOS SOBRE EL SIGNIFICADO DEL "PROYECTO HISTÓRICO" DE LA DICTADURA.

Conceptos como los recogidos en párrafos anteriores no constituyen expresiones aisladas ni están dictadas por circunstancias del momento. Interesan no por afán de hurgar en la anécdota, sino en tanto son el reflejo, en el plano de la acción política concreta, de un pensamiento político más amplio y trascendente, que es el que importa comprender y discutir en la diversidad de sus contenidos.

Entre sus motivaciones más de fondo, es probable que grave en alguna medida la valoración que se hace del "proyecto histórico" atribuido a la dictadura. En efecto, muchos de los exponentes de esta corriente destacan desde diversos ángulos la significación y las potencialidades que pudiera tener ese proyecto, y por lo tanto el espacio histórico que pareciera todavía reservado a la perspectiva del desarrollo capitalista,

incluso más allá de Pinochet.

Algunos aspectos de esta preocupación quedaron manifiestos en los debates sostenidos en un seminario reciente, en el que se expresaron opiniones como las siguientes:

Alvaro García:

"...la primera conclusión que podríamos establecer es el éxito habido en producir ciertas transformaciones estructurales en la economía: la forma de ser del capitalismo chileno ha cambiado lo que ha tenido un impacto indudable sobre la estructura productiva y un impacto quizás menor sobre la estructura de clases de la sociedad... Un segundo elemento que habría que analizar es el de las posibilidades de reproducción de este modelo... hay una conclusión evidente: que su viabilidad depende casi exclusivamente de las condiciones externas, a diferencia de lo que intuimos podría ser hace dos o tres años cuando veíamos la posibilidad interna de desarrollo del modelo..."

Carlos Portales:

"si bien es cierto que no estamos viendo una refundación capitalista, sí estamos viendo un intento de imponer a la sociedad un nuevo tipo de funcionamiento..."

Manuel Antonio Garretón:

"... sobre esto del intento de refundación capitalista... lo que hay que rescatar ahí, por lo pronto por quienes han o hemos hablado de este concepto, es que se trató siempre de poner la palabra "intento" de revolución capitalista... se apuntaba a la idea de la reorganización de la sociedad desde arriba, el esfuerzo por reorganizar el modelo como funcionaba el capitalismo en Chile y no sólo el "modelo económico"..."

"...el problema es nuevamente que falta una base material para sostener un modelo político. Este razonamiento es el inverso a una afirmación común entre nosotros; esto es, que aquí hay un proyecto económico que anda a la búsqueda de un modelo político... ahora descubrimos que más bien tienen un modelo político y que están en búsqueda de un modelo económico, que era lo único que parecían tener! ...de algún modo esta tensión o contradicción se ha resuelto en todos los esquemas con un tremendo peso ideológico..."

La misma línea global de entendimiento se encuentra en numerosos otros escritos, en los que se lee conceptos como éstos:

"...la nueva organización económica -economía capitalista de mercado- es perfectamente compatible con las reivindicaciones históricas de los empresarios. El modelo económico aparentemente garantiza con mayor profundidad que ningún otro las condiciones óptimas del desarrollo capitalista: la priva-

tización, la liberalización de los controles estatales, la represión o manipulación del movimiento sindical aparecen como el 'mundo ideal' que hubiese sido imposible en un Estado con democracia... El aspecto principal de la relación entre equipo económico y sectores principales del empresariado es la compatibilidad ideológica y de intereses en torno a un proyecto de sociedad, dentro del cual los capitalistas, y en especial la fracción financiero-exportadora más internacionalizada, juegan papeles estratégicos...El éxito ideológico del liberalismo económico es que... proporciona una teoría que, siendo más cercana a la cultura democrática tradicional que la de aquellos que postulaban un "estado nuevo", justifica en el nivel teórico la exclusión permanente de ciertos grupos..."(Tomás Moulian y Pilar Vergara).(13)

"...el sentido de las transformaciones que experimenta el aparato económico del Estado se encuentra asociado fundamentalmente con el carácter revolucionario del proyecto global del autoritarismo chileno y, muy en especial, con el contenido de la reestructuración capitalista de la economía dentro de la cual ellas se inscriben... no se trata de un proyecto conservador que busca restaurar las formas previas del desarrollo capitalista amenazadas por la experiencia reformista del gobierno de Frei por la experiencia popular de la UP, sino de un vuelco radical en la organización económica pre-existente para superar los obstáculos que históricamente habían impedido un desarrollo capitalista pleno... el hecho central de que el nuevo Estado que se ha constituido y que ha logrado transformar profundamente la sociedad chilena constituye uno de los parámetros centrales que definirán en el futuro los límites de las alternativas políticas viables..."(Pilar Vergara) (14).

"Se ha alcanzado progresivamente un cierto consenso entre los economistas que han seguido la evolución reciente de la economía chilena: los parámetros que tradicionalmente guiaron el desarrollo del país han tenido tal transformación que la idea de una 'revolucionarización' capitalista de los procesos económicos no parece excesiva..."(Mario Lanzarotti y Carlos Ominami).(15)

Por cierto, no todos coinciden en atribuirle tal jerarquía al "proyecto" de la dictadura. Así por ejemplo, en el mismo seminario aludido, Aníbal Pinto se encargó de oponer un punto de vista radicalmente distinto:

"...(respecto de la) experiencia económica implementada desde 1973... nunca participé de la idea de que ella se derrumbaría de un día para el otro...Pero, por otro lado, desde el comienzo tuve un gran escepticismo sobre la viabilidad del modelo... Es muy común el término de 'refundación' o 'revolución capitalista', haciendo alusión a los cambios -por supuesto radicales y profundos- de la sociedad chilena por obra del régimen militar..."

discusión entre los que sostienen la tesis de los grandes cambios y los que argumentan -como yo- que ellos no son profundos... Desde el ángulo del 'marxismo escolar'... tanto en el plano de las relaciones sociales de producción como en el de las fuerzas productivas u organización productiva, esto es, a nivel del 'modo de producción', las mutaciones han sido pequeñas y contradictorias; y a la larga, no han creado ninguna base material de apoyo al propósito de 'revolución capitalista'... en términos de las relaciones sociales no han habido cambios radicales: las formas capitalistas siguen predominando (y agregaría que se han intensificado) aun que más y más gentes van quedando afuera... no creo que en este plano se puedan encontrar modificaciones cualitativas... lo mismo y con más fuerza ocurre en el plano de las fuerzas productivas, lo que resta apoyo a los cambios 'refundacionales' que han tenido lugar en el orden político e institucional... necesario distinguir entre un análisis concentrado en lo que efectivamente ha ocurrido a nivel de las fuerzas productivas y otro más general referido al modelo 'hacia afuera' o 'aperturista', de 'incorporación a la economía internacional' o como quiera llamársele. Son dos cosas distintas: una tiene que ver con el fortalecimiento de las fuerzas productivas stricto sensu y el otro con el modo de funcionamiento (hacia afuera, en este caso) de la economía..."

En verdad, la racionalización del proyecto de la dictadura que se hace desde fuera de ella ha recorrido diversas formulaciones, desde las que suponían limitada su función esencial a interrumpir y revertir las transformaciones que impulsaba el Gobierno Popular de Allende, hasta las que lo identificaban como expresión en el plano social y político de una supuesta "doctrina de seguridad nacional".

Por su parte, la trascendencia que le atribuyen conceptos de la oposición democrática como los que se ha citado, parecieran tener como efecto en el ámbito propiamente político dejar sentada la premisa de que, bajo la dictadura, Chile ha reencontrado una vía de desarrollo capitalista, cuya potencialidad llevaría a concluir que en las propuestas del futuro no tendría lugar, por lo menos en el siguiente ciclo histórico, la idea de una transformación socialista. Como se lo dice textualmente, están dados los límites de las "alternativas políticas viables"; y por lo tanto, lo estarían también los grados de transformaciones que podrían incorporar los proyectos sustitutos.

Así, implícita o explícitamente, esa valoración de los cambios impuestos por la dictadura vienen a definir de hecho para la oposición democrática el carácter de sus propuestas, que en su esencia expresan la aspiración de un "capitalismo

humanizado", bajo un patrón distinto del seguido por la dictadura pero en última instancia como una continuación "mejorada" de éste. En ello radicaría "lo nuevo", sustentado además en la argumentación de que nadie querría "volver al pasado".

VI. ¿ HACIA UN FUTURO SIN HISTORIA?

Lo que se acaba de resumir es una consideración que parece ocupar un papel clave en la conformación actualizada del pensamiento reformista chileno. Su referencia hacia adelante es la situación inmediata, a partir de la cual mide el significado de sus propuestas y reclama el respaldo de empresarios y trabajadores, de ricos y pobres (de enriquecidos y empobrecidos), rehuyendo cualquier comparación con períodos anteriores y sobre todo con los años de Allende.

Una suerte de conspiración de silencio lleva a soslayar sistemáticamente lo ocurrido durante el Gobierno Popular. A lo más alguna mención tangencial, por lo general más para registrar alguna crítica abstracta que para rescatar un hecho positivo ("El período de la UP representó un trauma que la memoria perpetúa", dirán Tomás Moulian y Patricia Vergara). Así, una fracción de la propia Izquierda pareciera contribuir a lo que en los últimos años ha sido un ambiente generalizado de censura, ocultamiento y falsificación de la historia, alimentado por el silencio de unos y por el designio de la dictadura de difundir constantemente una imagen satanizada de lo que fue la experiencia popular de los años 1970-1973.

Por cierto, es en los escritos de los demócratacristianos donde es más ostensible esa intención de ignorar deliberadamente los hechos objetivos de una fase histórica respecto de la cual nuevas generaciones de jóvenes reclaman su derecho a conocer. Es notorio, por ejemplo, cómo se omiten incluso los indicadores estadísticos referidos a los años del Gobierno Popular. Véanse, como ilustración, los cuadros contenidos en el trabajo de Alejandro Foxley "Después del monetarismo" (en el libro "Reconstrucción económica para la democracia"), en que se registra la información anual para 1970 y a partir de 1974, omitiéndose los años 1971, 1972 y 1973. Lo mismo hace Foxley en su artículo "Hacia una economía de libre mercado; Chile: 1970-1978", propiciando una práctica que termina por repetirse en numerosos estudios

de CIEPLAN. En otros casos, se definen arbitrariamente, con el mismo propósito, los períodos de referencia: por ejemplo, en el artículo de Ricardo French-Davis (en la misma publicación) sobre "Una estrategia de apertura externa selectiva", se recogen (cuadro 2) tasas de crecimiento industrial para los períodos 1960-1969 (5.9% anual) y 1969-1973 (2.6% anual), sugiriendo así que disminuyó fuertemente su crecimiento entre la década de los sesenta y los primeros años de la década de los setenta; sin embargo, las cifras anuales publicadas oficialmente por del Banco Central durante la dictadura -correspondientes al Índice general de la producción industrial calculado por Instituto Nacional de Estadísticas- no sólo muestra un crecimiento muy pronunciado entre 1969 y 1972 (el Índice, con base diciembre de 1978, pasa de 99.2 a 116.8 entre aquellos años) sino que sitúa la producción industrial de 1972 como la más alta en la evolución histórica de la economía chilena, desde el inicio de ese registro estadístico hasta hoy. Otra ilustración igualmente sugerente de la falsificación histórica en que se incurre al omitir referencias al período del Gobierno Popular en análisis que sin embargo aparecen comprendiendo ese período, se encuentra en el artículo de René Cortázar "Cambios en la distribución del ingreso" (publicado en la revista HOY, 30 de enero al 5 de febrero de 1980, y recogido en el libro "Modelo económico chileno-Trayectoria de una crítica"): desde el primer párrafo -"basta analizar la evolución de algunos indicadores económicos para reconocer que la distribución de los ingresos se tiene que haber concentrado entre 1970 y 1978"- todas las afirmaciones se hacen como si tales tendencias hubieran sido lineales y constantes; la comparación de los años extremos y la forma en que se la expresa, sugiere ocho años consecutivos de deterioro en la distribución del ingreso, ocultando el hecho de que en 1971 y 1972 tuvieron lugar cambios muy importantes en un sentido progresivo, que marcaron los menores índices de desigualdad registrados históricamente; de este modo, se ocultan los avances logrados en el gobierno de Allende y, en cambio, se subvalora la dimensión de los retrocesos ocurridos durante la dictadura. De igual manera, se encontrará otra expresión del mismo propósito en el artículo "La evolución del empleo en Chile: 1974-1978", de Patricio Meller, René Cortázar y Jorge Marshall (Nota Técnica Nº 18, en "Colección Estudios CIEPLAN, Nº 2, diciembre de 1979); allí se advertirá cómo el cuadro 2.1 da cuenta

para cada año comprendido entre 1970 y 1978 de la evolución de la población total y la población de 12 años y más, en cambio, los cuadros 1.1, 2.6, 3.1 y 3.2, en los que se registran las cifras sobre empleo y desocupación, ocupados y desocupados e índices de empleo, la información se presenta para el año 1970 y luego las cifras anuales a partir de 1974; es decir, se omiten los años 1971, 1972 y 1973, en circunstancias que fueron precisamente los años 1971 y 1972 los que registraron las tasas más bajas de desempleo que se han dado en el curso de la evolución histórica de la economía chilena.

Entretanto, la aceptación pasiva de esa práctica, en la que incurren precisamente quienes más invocan la necesidad de rigurosidad técnica de los análisis, ha dejado el campo libre a la dictadura para promover falsificaciones de la historia que llegan a ser ya francamente grotescas.

En el caso, particularmente penoso, de las últimas ediciones del Manual de Historia de Chile, de Francisco Frías Valenzuela, que es texto de uso difundido en las escuelas chilenas. Iniciada bajo la advertencia de que "esta obra proporciona una síntesis completa del estado actual del conocimiento de la historia nacional y de sus antecedentes", actualiza textos anteriores para llevarlos hasta el mes de septiembre de 1973 (en la edición de Nascimento, 1984), con toda clase de interpretaciones antojadizas y mentiras flagrantes sobre el período de Allende. Así por ejemplo, con referencia a la nacionalización del cobre sostiene que "...la producción del metal rojo fue una constante baja hasta la caída del régimen", mientras las cifras del Banco Central publicadas bajo la dictadura reconocen aumentos de la producción de cobre (en miles de toneladas de fino) desde 688.1 en 1969 a 691.6 en 1970, 708.3 en 1971, 716.8 en 1972 y 735.4 en 1973; o en otro aspecto, informa que "...Vusković dió el Ministerio de Hacienda a Millas y pasó a dirigir la CORFO...", en circunstancias que Vusković nunca ocupó ese Ministerio y quien los sustituyó en el de Economía fue Carlos Matus. Sus afirmaciones de que "a diario caían víctimas por motivos políticos", "los bandos extremistas se adueñaban de las calles", "el país queda al borde del hambre", "es asesinado en una oscura asonada el propio edecán naval del Presidente" (cuando todo el mundo sabe que lo hicieron elementos de extrema derecha), son más propias de una mentalidad reaccionaria enfermiza que de un historiador en cuyos textos se forman sucesivas generaciones de jóvenes chilenos.

Peor aún, culmina su falsificación dando veracidad a la fábula del "plan Z", con esta descripción de lo que habría sucedido si no hubiera ocurrido tan "oportunamente" el golpe militar: "El día 17 (se refiere a septiembre de 1973), unos 13.000 hombres bien armados, entrenados y decididos, de todas nacionalidades, atacaban de improviso las tropas mientras desfilaban en el Parque, desarticulándolas y dando muerte a sus jefes y oficiales. En la noche de ese mismo día, los extremistas asesinarían a los civiles adversarios del régimen... Se calcula que la UP disponía de unos 40.000 combatientes debidamente militarizados, para dar el golpe el 17 de septiembre en todas las ciudades donde se realizan paradas militares preparatorias..."; y concluye con este voto de sumisión: "todo el país... acató la autoridad del nuevo gobierno, que contaba con el poder judicial, la Contraloría, la mayoría del poder legislativo y casi la totalidad de los chilenos...". Su "nota final" resulta grotesca: "El Gobierno de la UP se quejó insistentemente de una agresión financiera internacional. Sin embargo, pidió y recibió créditos a largo plazo en todas las capitales del mundo... elevó la deuda externa en 822 millones de dólares en 34 meses..."; otra vez, perdió el sentido de las proporciones o no leyó la estadística publicada oficialmente por la misma dictadura: la deuda externa de Chile (de mediano y largo plazo) era de 2.767 millones de dólares a fines de 1970 y llegó a 3.261 millones a fines de 1973, para acercarse posteriormente a los 14 mil millones de dólares en 1982 y llegar hoy día a superar largamente los 20 mil millones.

La actitud de la dictadura ante la historia no debería extrañar a nadie. Lo que sí sorprende es la asumida por determinadas corrientes opositoras a ella; tanto, que resulta difícil comprenderlo como no sea bajo la hipótesis de que envuelve de algún modo la intencionalidad de evitar coteios entre sus propuestas de futuro y las conquistas que ya fueron alcanzadas en momentos anteriores de la lucha social del pueblo chileno. Así, parecería equitativo demandar "moderación" en sus expectativas, a partir de las situaciones de hoy, tanto a los empresarios como a los trabajadores; pero no hay tal equidad si se lleva el punto de comparación a lo que los trabajadores habían alcanzado en los años del Gobierno Popular: no tendrían por qué aceptar como irreversibles las consecuencias de las políticas impuestas por la dictadura militar, que concentran el ingreso, deterioran al extremo sus condiciones de vida, privan de trabajo

estable a una proporción altísima de ellos, entregan a manos privadas tierras de campesinos y empresas sociales.

Por el contrario ningún proyecto futuro podría ignorar hechos y las experiencias del pasado. En lo que hace a lo que fue el Gobierno de Allende, los errores cometidos, las conductas sectarias que no se logró erradicar, las ineficiencias administrativas, las manifestaciones esporádicas de excesos o inmadurez, pueden empañar sus realizaciones, pero de ninguna manera negar la trascendencia de su significado. Las capas sociales que fueron sus protagonistas principales, y que han sido después las más castigadas por la dictadura, no podrían quedar ausentes ni relegadas a segundo plano en la configuración de esos proyectos de mañana. Se trata de los estratos más pobres, de los "pobladores", de los que alcanzaron a vislumbrar durante el Gobierno Popular la posibilidad del término definitivo de su marginalidad, y que ahora ven agudizada su miseria y engrosadas sus filas por los cientos de miles de trabajadores sin empleo. Es la clase obrera, disminuida en su dimensión en la misma medida en que ha retrocedido el desarrollo industrial de Chile, ofendida otra vez su dignidad, deshechas sus organizaciones, atropellada y perseguida. Son los campesinos, que volvieron a perder la tierra, otra vez pisoteados por una soberbia patronal que ahora se ampara en la fuerza militar represiva. Son también los intelectuales, científicos y artistas, consternados por la forma en que se ha achicado el ámbito para su creación y avance, los maestros que han visto el desmoronamiento de un sistema educacional y el desprecio por su función; los médicos, que contribuyeron a forjar un sistema de protección a la salud ahora desarticulado para dar a la salud del pueblo la condición de una mercancía más. Es también, el pequeño comerciante, empobrecido a la par con la población a la que sirve; y el camionero, endeudado en la compra de unos camiones que no pueden trabajar porque no hay suficiente carga que movilizar; pequeños empresarios que han visto arrasadas sus empresas en la competencia con los grandes grupos monopólicos, llevados a la quiebra y al cierre. Son las capas medias, muchos de cuyos componentes creyeron que la dictadura podría respetar sus conquistas económicas y políticas, aunque fuera a costa de mayores penurias para la clase obrera.

Son ellos los componentes de la alianza social necesaria para acabar con la dictadura y hacerse cargo del nuevo futuro, alianza de la cual ninguno de esos componentes podría

quedar excluido. De ahí lo efímero y la ausencia de destino de otras fórmulas que buscan extender y subordinar la alianza a la representación de los viejos intereses económicos dominantes, cómplices hasta ayer o hasta hoy de la dictadura y asociados a intereses externos. Y es así como, desde todos los ángulos, ese pasado que algunos quisieran ignorar obliga a proyectar un futuro, no para reeditar mecánicamente una de sus fases pretéritas, pero sí para recuperar sus enseñanzas en una perspectiva de avance, no de retroceso.

VII. EN NOMBRE DEL PUEBLO, PERO NO DESDE EL PUEBLO

Se requiere, en efecto, que no se reconozca la realidad de una gravitación insoslayable de la historia, para que las propuestas de futuro puedan surgir sólo como unas construcciones intelectuales, diseñadas con todo el rigor técnico que se quiera; para que se asuma respecto de ellas la representación popular y de manera que se convoque luego a las distintas capas del pueblo chileno a acatar y respaldar esas proposiciones, en cuya elaboración sin embargo no han tenido participación activa: en nombre del pueblo, pero no desde el pueblo.

Este también es un rasgo característico de las proposiciones que se sustentan hoy día a partir de la nueva ideología reformista. Su punto de partida no son necesariamente los grandes y legítimos reclamos sociales previsibles, sino las visiones abstractas de un proyecto "moderno" (Ominami habla de la "triple ruptura" que requiere una "visión moderna de los problemas económicos por parte del socialismo", de "un socialismo moderno, armado de una propuesta de claro contenido nacional"); capaz de ofrecer una resolución exitosa a los problemas de concertación social, según se la entiende; y al que han subordinado desde ya, en un compromiso de largo plazo, todos los sectores sociales.

De ese modo, un grupo relativamente pequeño de políticos y técnicos se hace cargo de la ardua y fatigosa tarea de elaborar un programa y de resolver ellos mismos, en ese programa, todas las dificultades de la "concertación". Algunos, como lo hace Foxley (en su trabajo "Algunas condiciones para una democratización estable: el caso de Chile"), privilegiando los requisitos de concurrencia de los empresarios,

en términos como los siguientes:

"El que a pesar de...negativas condiciones y resultados, los grupos empresariales continúan 'absorbiendo el castigo' y manifestando repetitivamente su identificación política con el régimen, no hace sino confirmar lo profundo de la percepción de amenaza por parte de estos grupos respecto del régimen político precedente y la escasa afinidad que encontraron históricamente con los grupos reformistas... Hay en esta situación una barrera estructural a una democratización real y estable en el caso chileno. De no redefinirse significativamente los términos del problema, los avances democratizadores se verán frenados por la desconfianza e inseguridad que inducen en sectores del empresariado privado. Pero más allá de estas consideraciones estratégicas, sin duda hay una cuestión más de fondo, y ello es que una redefinición de la relación entre Estado y sociedad civil... también implica una decisión de fondo respecto del lugar para la actividad privada y de su relación con la sociedad y con el Estado..."(16)

Hasta allí, no están presentes los trabajadores; aparecerán enseguida, para que se hagan cargo de la advertencia:

"...En un proceso de democratización debe producirse también un 'acomodo' entre los sectores empresariales y los trabajadores y sus organizaciones... la discusión de los 'espacios' para la democratización debe incluir explícitamente la cuestión laboral... desde el punto de vista de la estabilidad del régimen democrático, se hace imprescindible un compromiso de los trabajadores con el sistema democrático, en sus dimensiones políticas y económicas, que vayan más allá de cuestiones meramente tácticas... Los que constituyen amenazas globales a la propiedad privada, como institución... afectarán las posibilidades democráticas... Hay en todos estos asuntos un margen amplio para la negociación, pero también hay límites, dados tanto por las circunstancias objetivas iniciales, como por las legítimas aspiraciones mínimas de cada una de las partes..."(17)

Concluye así más o menos en los mismos términos de la advertencia de Ominami: "evitar la emergencia de oposiciones destructivas".

Se explica a la luz de estos antecedentes que en definitiva los contenidos del "proyecto sustitutivo" terminen por comprometer una perspectiva bastante conservadora (dirían que "realista") de recuperación a partir de los desastres de la dictadura; una restitución muy gradual de los ingresos y condiciones de vida de los trabajadores (bajo el argumento de que de otro modo amenazarían la "estabilidad financiera" y perjudicarían los "términos de inserción de Chile en la eco-

nomía mundial"); y una absorción muy parcial de los niveles de desempleo y subempleo de los trabajadores (a fin, explican, de "no distorsionar gravemente los mercados de trabajo").

Es claro, después de todo esto no podrían dejar de pensar con cierta intranquilidad en lo que serán las reacciones de amplias capas de trabajadores. Como lo hace Bitar cuando reflexiona:

"Para implantar una política con estos lineamientos, además de una fuerza política se requiere de organizaciones sociales que representen los intereses de los más pobres... ¿Existen fuerzas sociales en germen capaces de expresar esos intereses? Ha habido en Chile un enorme cambio en la composición ocupacional, en detrimento de los sectores laborales organizados. Mientras tanto, los nuevos sectores informales no tiene ni organización ni conciencia suficiente para pesar decididamente. ¿Habrá explosión de alternativas? ¿Serán capaces los grupos sociales marginales de defenderse? El diseño de una política económica es muy importante como lo es el trazado estratégico. Pero, ¿en que fuerzas sociales se sustentará? Mi impresión es que el núcleo estará formado por organizaciones de mayores ingresos, empleados de grandes compañías públicas, bancos, etc., profesionales, organizaciones de empresarios medianos y pequeños. Esta base a lo más podría configurar un bloque reformista-gradualista. ¿Es así? ¿Qué incidencia tendría un P.C. con base poblacional? ¿Cómo responde el socialismo a este escenario?(18)

Tal vez habría que decir que lo único "realista" es anticipar que reaccionarán como reaccionaron en otros momentos históricos, particularmente cuando fueron sujeto activo y no simples receptores de decisiones ajenas, como fue el caso durante el Gobierno de Allende. Porque entonces, dígase lo que se quiera, hubo la extraordinaria riqueza, surgida desde las masas trabajadoras, de expresiones y formas de movilización popular singularmente profundas y extendidas, que apuntaban a la transformación de Chile en la perspectiva de construir una sociedad extraordinariamente participativa. Entonces, amplias capas sociales, de trabajadores de la ciudad y el campo, tuvieron acceso a ámbitos de la vida social de las que estaban marginados. Conquistaron el derecho al descanso, a la recreación, a las diversas manifestaciones artísticas y culturales; pudieron ir a las playas y a la nieve, y a todos los sitios de los que antes se les excluía. Era la reivindicación plena de su dignidad y la conquista elemental de que Chile

pasara a ser efectivamente de todos los chilenos. Lo que corresponde preguntarse es cuánto de ello recuperan ahora las propuestas del reformismo, o cuánto proponen postergar, después de derrocada la dictadura, para "otra fase histórica".

VIII. SOCIALISMO, IMPERIALISMO Y DEMOCRACIA

Entretanto, la apropiación de "la democracia" pareciera hoy día autorizar al pensamiento reformista para calificar cualquier posición discrepante como antidemocrática, que obstaculiza la recuperación de la democracia, o anuncia riesgos para la estabilidad democrática una vez que ella sea alcanzada. Conscientes de que la recuperación de libertades democráticas constituye para el pueblo chileno una de sus aspiraciones y demandas más sentidas, los exponentes de ese pensamiento reclaman para sí el monopolio de los valores democráticos; y utilizan su invocación para pedir que se condenen otras propuestas políticas alternativas a las suyas. Así, sólo sería democrático quien propicie formas exclusivamente "pacíficas" de enfrentamiento con la dictadura; los que sostienen la propuesta de "todas las formas de lucha" y reconocen legitimidad a la violencia popular que se defiende del terrorismo de la dictadura, estarían obstruyendo las perspectivas de la "redemocratización" de la sociedad chilena; los que reclaman que no haya impunidad para los crímenes de todo orden cometidos por el poder dictatorial, estarían comprometiendo las posibilidades de una reconciliación nacional en la que habría de descansar la democracia de mañana; los que sostienen que un proyecto alternativo tiene que considerar las cuestiones de propiedad de determinados medios de producción, de redistribución sustancial del ingreso o de distintas formas de propiedad y de control social, pondrían igualmente en peligro las posibilidades de reconquistar la democracia.

Aunque con frecuencia se proclama la deseabilidad de un "socialismo democrático", en los hechos se difunde una imagen velada de oposición entre democracia y socialismo, en la que se fundamenta una diferenciación de "fases" en la evolución futura: primero, la democracia, como tarea de hoy, más tarde, el socialismo, como proyecto para otro momento histórico.

Los elementos de "aspiración" y "viabilidad", de "utopía" y "realismo", son manejados profusamente en la argumentación; y la diferenciación entre los objetivos democráticos y la perspectiva socialista es manipulada en medio de confusas referencias al "socialismo real", la significación actual del campo socialista y lo que sería "permisible" por parte de Estados Unidos, en este último caso prescindiendo por completo de cualquier advertencia respecto del papel que juega y seguirá jugando el imperialismo norteamericano.

Todas estas dimensiones aparecen entrelazadas y sugeridas desde distintos ángulos en los escritos de esta expresión del pensamiento político chileno, haciendo converger temas diversos hacia una misma finalidad. Así, escribe Maira en su libro "Chile: autoritarismo, democracia y movimiento popular":

"... es necesario enfrentar también con realismo los problemas de la conveniencia y la viabilidad de un proyecto chileno fundado en el modelo de los socialismos conocidos o realmente existentes. Esto se debe precisamente a que la última parte del siglo XX estará dominada por la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética... Los espacios para un proyecto conducido por fuerzas políticas que busquen reproducir las formas de organización económica y política del campo socialista encabezado por la URSS y que acepten un papel de dirección para el PCUS en el movimiento obrero internacional, resultarán prácticamente inexistentes por la decisión norteamericana de mantener a América Latina como zona segura de influencia..."

Desde las filas demócratacristianas, Edgardo Boeninger aporta lo suyo (en su contribución al libro "Crisis y desarrollo alternativo en América Latina):

"... se ha producido una indiscutible pérdida de atracción de los 'socialismos reales' como orden político alternativo. A diferencia de la ola de fervor e ilusión revolucionarios que recorrió América Latina en la década del sesenta a partir de Cuba, la hora actual se caracteriza por una visión crítica generalizada tanto de las experiencias socialistas de la URSS y Europa Oriental como de la propia Cuba, lo que ha conducido a un amplio sector de la izquierda latinoamericana a una profunda revisión ideológica, cuya nota saliente es la revalorización de la democracia política..."

Referencias como éstas al campo socialista aparecerían neutralizadas ante la situación generalizada de crisis que caracteriza a la economía capitalista internacional; pero a ese respecto Jaime Estevez (en el mismo libro en que escribe

Boeninger) argumenta en el sentido de que la crisis no se circunscribe a éstas:

"...La recesión profunda y prolongada no sólo afecta a todos los países capitalistas industrializados. La Unión Soviética y los países de Europa Oriental presentan indicadores análogos de estancamiento y desequilibrio..."

Por su parte, Humberto Vega (en el "encuentro" de Buenos Aires) sugiere una forma especial de entender la naturaleza de la dependencia y el imperialismo:

"...La dependencia de América Latina está más vinculada a las características estructurales internas de sus países que a una imposición imperial o a una fatal subordinación económica..."

misma ocasión en la que expone su visión de lo que serían hacia adelante los procesos social y económico:

"... tres momentos o etapas... en el proceso político e histórico de su realización... El momento utópico... El socialismo es una utopía... La utopía socialista requiere de una continua elaboración, enriquecimiento y adaptación a nuevas realidades... El momento consensual... surge de la crítica a los 'socialismos reales', impuestos por la fuerza, pero sin ser proyectos genuinamente legítimos y hegemónicos. La búsqueda de los consensos, sin sacrificar la utopía, pero afirmando siempre la tolerancia y el pluralismo como requisitos básicos de una auténtica democracia... El momento programático... concreta... un compromiso entre las aspiraciones utópicas con el desarrollo del proceso de consenso democrático..."

Vignolo (en el mismo encuentro-taller de Buenos Aires) es más enfático en lo que hace a su visión del imperialismo:

"...Sin negar el imperialismo y la dependencia...lo cierto es que ...especialmente para países pequeños como Chile... la autarquía no es un camino viable... aceptar la inversión extranjera ...puede significar aportes valiosos al proceso de acumulación de capital...Es necesario desmistificar la omnipotencia y concordancia inevitable con 'interés imperialista' de las acciones de los agentes embarcados en procesos auténticamente nacionales, si tienen la voluntad política y la capacidad técnica para hacerlo, pueden beneficiarse significativamente de las relaciones con Empresas Transnacionales..."

La coincidencia de Bitar en la misma oportunidad es también ostensible:

"... un vínculo restringido no resolvería los problemas derivados de un cambio estructural...La Unión Soviética tampoco ha desa-

rollado mecanismos de cooperación económica internacional... es difícil para una economía de desarrollo mediano apoyarse en la Unión Soviética, para retener sus lazos económicos en caso de una confrontación mayor con Estados Unidos, que pudiera implicar alguna forma de bloqueo económico... impensable que una economía como la chilena a los fines del siglo XX pudiera funcionar si sus nexos económicos internacionales están obstruidos. Esta limitación obliga a diseñar una estrategia de cambios que diversifique los vínculos, evitando una alteración mayor de los lazos con la economía capitalista internacional... La transnacionalización ha cambiado cualitativamente, extendiéndose a todos los ámbitos... Los lazos que nos ligan al sistema mundial... son más estrechos y serán todavía más en el futuro...".

Así pues, ya sea por las restricciones del cuadro internacional, o por requerimientos de la "concertación interna", o por las aprehensiones respecto de "que tipo de sociedad socialista", el hecho es que las propuestas respaldadas por una corriente que reclama la representación socialista, se quedan en "la democracia" y postergan indefinidamente el socialismo. Sin ningún sentido crítico, además, respecto de lo que fue la democracia chilena en el pasado, y con la sugerencia, al menos implícita, de que la Izquierda no fue entonces "suficientemente democrática". Se sugiere una imagen idealizada, con solo virtudes, de la tradición histórica de la democracia en Chile como si hubiera un don natural, sin advertir que lo logrado en democracia no fue fruto de una convivencia social espontánea, sino la conquista -duramente alcanzada, poco a poco- del pueblo chileno para doblegar la naturaleza esencialmente antidemocrática de la oligarquía chilena.

Las propuestas que se hacen para el futuro, en las expresiones actuales de esa tendencia del pensamiento político, asumen en su justificación un tono casi de lamentación respecto de cómo la Izquierda habría sostenido en el pasado los valores nacionales y democráticos; como prometiendo que esta vez sí seremos "nacionalistas y democráticos", que no lo habríamos sido los suficiente durante la experiencia del Gobierno Popular. Sin embargo, como bien lo ha advertido Oscar Guillermo Garretón (en su libro "Propuesta para un nuevo Chile"), "la Izquierda chilena no fue nunca históricamente antidemocrática... los dos ingredientes que más fuertemente han marcado la cultura política de nuestro pueblo son democracia y socialismo".

Y en lo que hace a los valores nacionales y democráticos durante el Gobierno de Allende, habrá que recordar

que, entonces, la dignidad y la seguridad nacional de Chile como nación fueron realzadas con excepcional relieve. Se ampliaron como nunca las relaciones con todos los países del mundo; destacó la presencia chilena en las Naciones Unidas,⁴ en el movimiento de países no alineados, en los mecanismos de la integración latinoamericana y en los diversos foros de la institucionalidad internacional; las relaciones con los países vecinos registraron una de sus mejores fases. Se dieron pasos fundamentales para afirmar la independencia económica y la autonomía nacional. El proceso de transformación social que se ponía en marcha bajo términos singulares suscitaba el interés y recibía la simpatía y la solidaridad de casi todo el mundo. Los presupuestos de las Fuerzas Armadas recibían una atención idónea y la seguridad nacional se fortalecía con el respaldo de todo el pueblo chileno. Por su parte, las afectaciones de propiedad que involucraban las transformaciones programadas se conducían sin menoscabo del respeto a las personas y los derechos humanos, sin amenazas ni persecuciones; no se asesinó a nadie por motivos políticos, no hubo desaparecidos, no se obligó a nadie a salir del país. Se mantuvo la circulación, sin impedimentos ni censura, de todos los periódicos, aún de aquellos que se prestaron al insulto y la conspiración.

Si se trata pues de hablar sobre la defensa de la nacionalidad chilena, de la autonomía de los proyectos sociales y de la democracia del futuro, para las fuerzas populares no es tema de mea culpa y confesión de arrepentimientos; no es más que la reiteración de conductas que las caracterizaron en los hechos.

IX. EL DIAGNOSTICO Y LAS PROPUESTAS ECONOMICAS

Algunos de los rasgos anotados como característicos de la conformación del pensamiento reformista en el presente de Chile se expresan con especial crudeza en el plano económico, haciendo particularmente ostensible la no correspondencia entre sus contenidos de diagnóstico y los alcances de sus propuestas: mientras los primeros resaltan la gravedad de los problemas y la dimensión de los desafíos, las últimas quedan dominadas por un conservadurismo que termina por cuestionar su propia eficacia y viabilidad.

En conjunto, sus trabajos ofrecen una base amplia de referencia y han constituido una denuncia constante de

la conducción económica de la dictadura, tanto por lo que hace a su diseño teórico como por sus consecuencias deplorables para los intereses nacionales y sociales. Tal aportación descriptiva de los diagnósticos ha merecido un reconocimiento generalizado y ha representado una contribución valiosa al conocimiento de la evolución económica reciente. Por su parte, los contenidos de interpretación de los mismos diagnósticos abren áreas importantes de controversia, derivadas del sesgo ideológico que involucran y, en ocasiones, de su adecuación consciente o inconsciente al sentido de las proposiciones que están llamados a respaldar. En todo caso, mientras los diagnósticos identifican problemas de extraordinaria intensidad y grandes alcances, las proposiciones quedan muy empequeñecidas, circunscritas al mínimo común denominador que resulta de las relaciones políticas internas y externas que involucra su proyecto global.

Los contrastes entre diagnóstico y propuesta se manifiestan en muy diversos planos, de los cuales los cuatro que se comenta a continuación constituyen, entre otros, algunos de los más significativos.

i) Sobre las relaciones económicas externas.

Como es sabido, la dictadura orientó toda su política económica y cifró sus esperanzas en la integración más completa posible de la economía chilena con las economías capitalistas desarrolladas. Las corrientes de pensamiento que se vienen analizando, si bien han rechazado la concepción "aperturista" tal como ha sido puesta en práctica por la dictadura, no proponen unos cambios verdaderamente fundamentales.

En efecto, predomina ampliamente en sus proposiciones el concepto de que las exportaciones habrán de constituir un factor de dinamismo muy importante en el nuevo proyecto económico, y que en consecuencia habrá que atribuir alta prioridad a los desarrollos orientados hacia la demanda externa. De ahí que las consideraciones referidas a las "ventajas comparativas" están siempre muy presentes, hasta el punto de que las constituyen en un factor llamado a limitar la recuperación de los salarios reales; de modo que terminan diferenciándose de las políticas actuales sólo en que, en lugar de concebirlas como resultado espontáneo del "mercado", se preconiza —como lo hace Oscar Muñoz— una "programación" de esas ventajas.

Desde distintos ángulos, se argumenta respecto de la necesidad de preservar en lo esencial la vinculación con las economías capitalistas desarrolladas, como la vía principal

para canalizar esa orientación exportadora. Las posibilidades de diversificación del comercio mediante una ampliación de las relaciones económicas con el campo socialista reciben escasísima consideración, y tampoco se preconiza una profundización significativa en el marco de las relaciones "sur-sur". Así por ejemplo, Carlos Vignolo en su ponencia para el "encuentro de Buenos Aires" escribe sobre la "necesidad de que, la economía chilena tenga un nivel de integración productiva y comercial a la economía mundial relativamente alta" y que "si bien la integración sur-sur en general y la integración regional en particular deben ser impulsadas, ellas no pueden ser vistas como alternativas sino como complementos a la integración a los flujos comerciales a nivel mundial".

Es verdad que en muchos otros aparece más destacada la necesidad de un esfuerzo más intenso de "concertación latinoamericana". Así por ejemplo, Sergio Bitar (con ocasión del mismo encuentro de Buenos Aires), escribe: "Para tener un peso mínimo en el concierto mundial, debemos concebir una estrategia de desarrollo más centrada en la concertación latinoamericana. Esta debe ser una meta de primera importancia..."; y Humberto Vega (en la misma oportunidad) define a la integración como uno de "los tres ejes del proyecto de reconstrucción democrática y nacional de América Latina". De este modo, la integración regional aparece en estas propuestas como el principal elemento de diferenciación con las políticas de articulación exterior seguidas por la dictadura; y vienen a coincidir en ello con otras corrientes de la izquierda chilena en el sentido de que la integración económica de América Latina constituye una de las bases estratégicas más importantes del futuro.

No obstante lo anterior, la jerarquización que hace el reformismo de las exportaciones y su propósito de sostener la mayor articulación económica posible en particular con Estados Unidos, es determinante del sentido de sus propuestas sobre absorción tecnológica y sobre inversiones extranjeras directas: la mayoría de los escritos de esa corriente que tocan estos asuntos, preconizan la negociación con las empresas transnacionales, a las que atribuyen una función importante en el futuro de la economía chilena. En tal sentido, Sergio Bitar invoca la necesidad de una vinculación que "nos permita obtener tecnología y recursos financieros"; y Vignolo defiende la inversión extranjera como una vía que "puede significar aportes

valiosos al proceso de acumulación de capital", así como la perspectiva de "beneficiarse significativamente de las relaciones con empresas transnacionales."

Por razones similares, aunque reconocen la enorme incidencia de los servicios de la deuda externa sobre la situación inmediata y las perspectivas del crecimiento, omiten propuestas sobre como se la encarará en el futuro o se anticipa la aceptación y el pleno cumplimiento de los compromisos que la dictadura dejará como herencia. Ominami, por ejemplo, (en su trabajo "Del colapso de la economía de endeudamiento internacional a la necesidad de una estrategia de independencia nacional") afirma enfáticamente: "Se trata pues de repactar las deudas. En ningún caso de desconocerlas. La capacidad de disuasión de que dispone el sistema financiero internacional es suficientemente alta como para eliminar de entrada toda idea de moratoria unilateral o de repudio masivo de las deudas".

En suma, se termina por ofrecer a los intereses extranjeros un cuadro global de protección y garantías, estableciendo en lo esencial los beneficios y privilegios que han recibido bajo las políticas de la dictadura. En ello se refleja también la subestimación de las relaciones de dominación imperialista que es característica de esta versión actual del reformismo chileno, amparada bajo la pretensión de que otro gobierno, animado de propósitos distintos y supuestamente con más sagacidad, defendería exitosamente, en la negociación, los intereses nacionales. Si ya en la propuesta están cediendo tanto, es de imaginar lo que harían mañana frente a las presiones y amenazas del imperialismo norteamericano.

ii) Sobre la concentración y la propiedad.

Las garantías y la promesa de "no tocar" se extienden no sólo a los intereses extranjeros sino también a los grandes intereses nacionales de concentración de poder económico.

Lo ocurrido a este respecto bajo la dictadura es bien conocido y los mismos escritos que se analizan se han encargado de dar cuenta de ello en sus formulaciones de diagnóstico. La intensidad con que describen los procesos de concentración contrasta sin embargo con los contenidos correspondientes de sus propuestas.

En algunos casos, se rechaza abiertamente la idea de cualquier revisión de las situaciones de propiedad que se conformaron al amparo de la dictadura; se busca desautorizar bajo el calificativo de "propietarismo" cualquier plantea-

miento reivindicatorio a este respecto; y hasta se dice con tono irónico que, a partir de la obligada intervención estatal de algunos bancos, la dictadura habría creado de hecho un "área social" de dimensión comparable a la que propugnaba el Gobierno Popular. Son las expresiones típicas que se encontrarán, por ejemplo, en el trabajo de Foxley, "Después del monetarismo".

En otros casos, se trata de rehuir el tema de la propiedad de los medios de producción mediante argumentaciones abstractas referidas a "la necesaria coexistencia de diversas formas de propiedad"; a supuestos condicionamientos de la propiedad de modo que "no impliquen un derecho ilimitado sobre las cosas", aduciendo que es preciso "replantear el problema de la sociedad a partir del tema de la enajenación"; a advertencias sobre los riesgos de una "estatización indiscriminada"; o a sugerencias sobre una diferenciación necesaria entre los conceptos de "propiedad" y de "control". Así por ejemplo, (según escribieron "Crisis y desarrollo alternativo en Latinoamérica"), Enzo Faletto dice: "Parece conveniente replantear el problema de la propiedad a partir del tema de la enajenación... Lo que parece abrirse paso más allá de la noción de propiedad estatizada o propiedad privada es la idea de 'propiedad social', donde, cualquiera que sea la forma que asuma no implica un derecho ilimitado sobre las cosas, tal como lo supone el concepto clásico de propiedad..."; y con menos eufemismo, Sergio Bitar dirá: "Entendemos la socialización como proceso que admite la coexistencia de diversas formas de propiedad, y no como sinónimo de una estatización indiscriminada. Tampoco nos parece adecuado asimilar mecánicamente el concepto de propiedad al de control, sino que reivindicamos la importancia de mecanismos alternativos de control... es necesaria la existencia de un empresariado productivo moderno...".

En definitiva, la propuesta involucra la aceptación de los resultados de unos procesos concentradores que no sólo afectaron a trabajadores urbanos y campesinos, sino también a amplias capas empresariales de unidades económicas pequeñas y medianas. Por lo mismo, no habría en el marco de esas propuestas unos cambios sustantivos en la ponderación y las funciones de los distintos "agentes del desarrollo".

Incluso las redefiniciones sobre la función del Estado que proponen positivamente, terminan mediatizadas por los

llamados reiterados a 'utilizar los mecanismos de mercado' y reconocer que "las iniciativas individuales... constituyen una fuente de energía sin la cual los procesos económicos pierden buena parte de su dinamismo" (Ominami); o las advertencias en el sentido de que "el proyecto socialista que postulamos nada tiene que ver con la subordinación indiscriminada a un Estado omnipotente" (Bitar). Temas respecto de los cuales los militantes demócratacristianos parecen tener menos aprehensiones, a juzgar por los llamados de Boeninger (en "Planificación y desarrollo en el cono sur: el nuevo papel del Estado") a que "se reivindique para el Estado un papel económico trascendente...".

iii) La ocupación y el desempleo.

La significación social y política de la estrategia económica que proponen quienes se identifican con "la alianza democrática", se hace particularmente evidente en sus proposiciones respecto de las dos áreas de problemas inmediatos más acuciantes para la mayor parte del pueblo chileno y que configurarían las dos más graves herencias previsibles de la dictadura: las situaciones de ocupación y desempleo y la referida a los niveles y la distribución del ingreso.

Sin duda, los problemas de la desocupación y el subempleo caracterizan con singular gravedad la situación actual del pueblo chileno; y por lo mismo, se constituyen en referencia muy importante en su evaluación de las experiencias del pasado y en la configuración de sus demandas del futuro. Hoy día, las estadísticas oficiales dan cuenta de un desempleo de cuando menos medio millón de trabajadores, cifra que se eleva a 800 mil si se agregan los precariamente ocupados en el PEM y en POJH; de modo que considerados sus familiares dependientes, esto quiere decir que casi 4 millones de personas, cerca de un tercio de la población chilena, carecen de un ingreso estable que asegure su subsistencia. Culmina así en esta situación del presente un proceso de deterioro continuo desde la instauración de la dictadura militar, que se proyecta también a la estructura ocupacional, considerada desde el ángulo de la asignación de la fuerza de trabajo según sectores de actividad. Las consecuencias sociales y económicas de este cuadro actual de empleo teson por cierto enormes. Sin embargo, en contraste con la necesidad de reconocerlo como uno de los problemas centrales de la sociedad chilena en su presente y su futuro, es ostensible cómo lo desconoce hoy la dictadura y sorprendente el grado

de insuficiencia con que aparece tratado en las propuestas de la oposición reformista.

Para la dictadura, no es más que otra consecuencia lógica de la reestructuración "realista" de la economía chilena bajo el imperio del mercado; una parte de los "costos sociales" que se prometieron transitorios y que la realidad exhibe ya como unas constantes que no podrían superarse en los marcos de su política económica. Para la oposición reformista, por su parte, se trata efectivamente de una de las herencias más negativas que dejará la dictadura; pero que, según sus propuestas, habría que corregir muy gradualmente, pidiendo -o imponiendo- paciencia a los trabajadores desocupados.

Consideraciones de esta última naturaleza están constantemente presentes en los escritos que se analiza y terminan por anticipar que, bajo los criterios que definen las políticas que propician, la desocupación seguiría constituyendo en el futuro un problema no resuelto de gran magnitud. Así por ejemplo, Sergio Bitar dice: "Hoy estamos con una desocupación estructural del orden del 25% de la fuerza de trabajo. Si reactiváramos la economía, podríamos bajar a 15% pero sería muy difícil descender más sin transformaciones profundas...", conclusión que le lleva a preguntarse si habría que "impulsar una suerte de dualismo en la economía chilena que permita incorporar nuevas tecnologías para competir en el comercio exterior y para la integración latinoamericana, y al mismo tiempo darle una salida al desempleo estructural"(19); es decir, que unos produzcan y otros ocupen... con todas las consecuencias que involucra una concepción de esa naturaleza.

Esta conclusión ilustra de modo dramático lo que son las consecuencias para los trabajadores de unas propuestas que no asumen sus demandas y necesidades fundamentales como propósito principal, sino que las subordina a una "concertación" de intereses difícilmente conciliables con la resolución de problemas de esta envergadura.

iv) Los salarios y la distribución del ingreso.

En el conjunto de los trabajos y planteamientos que se viene comentando, el tema de los niveles y la distribución del ingreso y los cambios experimentados bajo la dictadura, encuentra por lo general un apreciable y justificado espacio en sus diagnósticos. Así, han contribuido positivamente a precisar la intensidad de los retrocesos y las consecuencias de ellos sobre las condiciones básicas de vida de la población, que

han llevado a una situación de desigualdades extremas. Pero, también a este respecto, no hay correspondencia entre ese dramatismo del diagnóstico y los alcances y contenidos de las propuestas para el futuro.

No hay respuesta al hecho de que hoy día el ingreso promedio de las familias que componen el quinto más rico de la población es igual a veinte veces el promedio de ingreso de las familias que constituyen el 20 por ciento más pobre. Dominados por una visión esencialmente tecnocrática y por los requerimientos de la "concertación" con los empresarios, los exponentes de esta expresión política consideran a los salarios -para citar las palabras de Oscar Muñoz- como uno más de los "precios estratégicos" de la economía. De ahí que en su proyecto de futuro la recuperación de los sueldos y salarios reales queda subordinada a razones de "competitividad" o de "equilibrios globales", de manera que no perturben las expectativas empresariales ni afecten a las "ventajas comparativas" que se proponen mantener para asegurar las exportaciones a las economías capitalistas desarrolladas. Aconsejan por lo tanto una recuperación de los ingresos populares muy gradual y a lo largo de un amplio lapso, lo cual, unido a que tampoco se proponen una ampliación sustancial del empleo, ni propician una compensación significativa a través del gasto público en servicios sociales, significaría prolongar por mucho tiempo la miseria de los trabajadores.

Se completan así los componentes que configuran la propuesta de una estrategia económica global; internamente coherente, con respaldo técnico, pero en cuyo centro no están precisamente los intereses y demandas de las grandes masas trabajadoras. Aferrados a una expectativa política de conciliación, que los hechos están demostrando que aún así no tiene viabilidad, condicionan sus propuestas a unos términos de concertación de la máxima amplitud interna y que afecten en el menor grado posible intereses externos.

Su proyecto económico parte de la base de que la articulación con el capitalismo desarrollado seguiría constituyendo un elemento fundamental y las exportaciones una fuente principal de dinamismo; el restablecimiento de mayores niveles de actividad económica estatal dependería de que no desaliente la función central de "los agentes económicos privados"; y es con relación a tales criterios que se atendería gradualmente a las demandas de restitución de oportunidades de trabajo

y de recuperación de ingresos y de nivel de vida de los trabajadores, sólo en la medida en que no se afectaran aquellos propósitos.-

Convendrá insistir en lo dicho al inicio: abrir una discusión sistemática sobre las formulaciones que se ha analizado constituye hoy día, en Chile, una necesidad urgente. No resulta ser una controversia prematura sobre el futuro de la sociedad chilena; tiene que ver con la lucha de hoy mismo contra la dictadura, con su capacidad de convocatoria, con su eficacia.

Y tiene también un interés que va más allá de las fronteras nacionales, con proyección latinoamericana; porque en muchas otras partes de la región está igualmente presente la preocupación por el predominio de una tendencia ideológica que exalta el pragmatismo, privilegia las visiones de corto plazo, destaca criterios de una forma particular de "modernización", y conduce a propuestas conservadoras que no se corresponden con la naturaleza de una crisis que no podrá superarse sino en el marco de profundas transformaciones sociales. Situaciones en las que se reconoce también la insuficiencia de las elaboraciones alternativas, y que por lo mismo convocan a fortalecer unos esfuerzos colectivos que sean capaces de hacerse cargo de ese desafío.

NOTAS

1. Las expresiones de esta enumeración transcritas entre comillas corresponden al texto del referido Acuerdo Nacional.
2. Luis Maira, Chile: autoritarismo, democracia y movimiento popular, publicado por el CIDE, México, junio, 1984.
3. Javier Martínez, uno de los analistas más lucidos de esa corriente de pensamiento, ofrece indirectamente una justificación a esa irradiación mayor del pensamiento reformista chileno cuando escribe: "...Chile ha sido durante largo tiempo un laboratorio social de ideologías, con la pretensión, provinciana y ambiciosa, de exportar un modelo inédito, capaz de recibir el reconocimiento y la admiración de la humanidad toda... La búsqueda de los modelos originales, la radicalidad de los proyectos, no

son en Chile un atributo exclusivo de la Izquierda: lo reclama también la derecha y, lo que es más significativo, el propio centro, al menos en estos últimos treinta años. Es la sociedad entera que ha buscado en la política, más que un mecanismo de representación, un mecanismo de reconstitución..." (Chile nuevo: un une fois encore?, en "Amerique Latine", N°6, 1981, publicación de CETRAL, Centre de Recherche sur L'Amerique Latine e le Tiers Monde, Francia: traducción aproximada de la publicación original en francés).

4. Reportaje publicado en "El Mercurio", edición internacional, 6 al 12 de octubre de 1984.
5. Entrevista de Raquel Correa, según fue publicada en la edición internacional de "El Mercurio", correspondiente a la semana del 30 de noviembre al 6 de diciembre de 1985.
6. Información de "El Mercurio", edición internacional del 7 al 13 de septiembre de 1985.
7. Alejandro Foxley, Algunas condiciones para una democratización estable: el caso de Chile, en Estudios CIEPLAN N°9, diciembre, 1982.
8. Sergio Bitar, La urgencia de darle al país un camino, en la referida reunión de Buenos Aires (mimeografiado, 1985).
9. Bitar, en la misma oportunidad.
10. "El Mercurio", edición internacional, semana del 30 de noviembre al 6 de diciembre de 1985.
11. En el texto de la entrevista citada (ver nota 5).
12. "El Mercurio", en la misma edición.
13. Política económica y proceso de hegemonía, en Chile: liberalismo económico y dictadura política", citado anteriormente.
14. Las transformaciones de las funciones de Estado en Chile bajo el régimen militar, en Colección de Estudios CIEPLAN N°5, junio, 1981.
15. Vers un nouvelle régulation de l'economie, en "Amerique Latine" N°6, 1981, citada anteriormente.
16. Alejandro Foxley, en Estudios CIEPLAN N°9, diciembre, 1982.
17. Foxley en la misma publicación.
18. Sergio Bitar, en su ponencia al referido "encuentro de Buenos Aires".
19. Sergio Bitar, Las restricciones económicas internacionales y las opciones de cambio en Chile, (mimeografiado, 1985).